

agua sobre la cabeza y el padre y la madre cubren
 con el pie de las mujeres, en aquellas horas se
 las de seda de mil colores, otros hilos azul de un
 árbol y que están bordado a su costado. La Es-
 coia, la Sajonia, la Bohemia, la Suiza no presen-
 tan al viajero más señas de vida, de ventura y
 de paz que las habas de estas montañas del Liba-
 no, donde no se espera una encontrar una que
 traza palabras

8 de Octubre, 1832

He hallado a mi regreso y a mi hijo en buena
 salud y ocupadas en ahorrar y hacer cosas nuevas
 residencias de invierno. He pasado algunas días
 con ellas antes de salir para la Palestina y el
 Egipto. Después de haber estado en el campamento
 y pasado el río Jordán cruzando a los ríos y no
 hay ninguna dificultad en cuanto a la seguridad y
 tranquilidad de esta parte. Hay un gran en-
 tado por lo que me dice en este punto. Estas
 nuevas amigos de Beirut, los señores D'Arce, Jor-
 dan, L'Oron, L'Arche, Abo, y otros, en un an-
 sena, a cuanto queda contar. Voy a organizar
 definitivamente mi viaje y los puntos en co-
 mino, apenas la primer lluvia caiga el color de
 treinta grados que hace ahora en la costa de Siria

una hermosa cascada de arena y algunos
 pescadores con sus hijos, metidos en el agua hasta
 el cuello, empujan el mar una barca sin anclaje
 ya ni veían una sola montañita de esta se-
 gunda vez.

VIAGE DE BERUT,

ATRAVESANDO LA SIRIA Y LA PALESTINA,

A JERUSALEN.

8 de Octubre, 1832, á las tres de la tarde.

Me pongo en camino con diez y ocho caballos de
 comitiva ó de bagages, que forman la caravana.—
 Hacemos noche en el kan, á tres horas de Berut, si-
 guiendo el mismo camino ya descrito para ir á vi-
 sitar á lady Stanhope.— Al día siguiente salimos á
 las tres de la madrugada, atravesamos á las cinco
 el río Tamur, el antiguo Tamyris; sus márgenes
 están cubiertas de adelfas en flor.—Seguimos la
 orilla del mar, cuyas olas lavan con su espuma los
 cascotes de nuestros caballos, hasta Saide, la antigua
 Sidon, hermosa sombra todavía de la ciudad des-
 truida, de la que ha perdido hasta el nombre:—
 Ninguna reliquia conserva de su pasada grandeza.
 Un espolon circular, formado con enormes peñas,

ciñe una darsena atascada de arena, y algunos pescadores con sus hijos, metidos en el agua hasta el muslo, empujan al mar una barca sin arboladura ni velámen, única imágen marítima de esta segunda reina de los mares. En Saide nos apeamos en el kan francés, inmenso palacio de nuestro antiguo comercio en Siria, donde nuestros cónsules reunian á todos los nacionales bajo el pabellon de Francia. Ya no hay aquí comercio, ni franceses; solo queda en Saide, en el inmenso kan desierto, un antiguo y respetable agente de Francia, M. Giraudin, que le habita hace cincuenta años, en medio de su fama enteramente oriental, y que nos recibe como se recibe á un viagero compatriota, en el pais donde se ha conservado en toda su primitiva pureza la antigua hospitalidad:—comemos y dormimos algunas horas con esta escelente familia:—dulzuras de la hospitalidad recibida así, inesperada y prodigada;—los hijos de la casa nos presentan el aguamanil:—la madre y las mugeres de los dos hijos en pié, se ocupan en el servicio de la mesa.—A las cuatro, montamos á caballo, escoltados por los hijos y los amigos de la familia Giraudin.—Carreras de djerid, ejecutadas por uno de ellos, montado en un soberbio caballo árabe. A dos horas de Saide, nos despedimos y les damos las gracias por sus bondades.—Caminamos todavía dos horas, y dormimos bajo nuestras tiendas, junto á una hermosa fuente en la orilla del mar, llamada el

Kantara,—un árbol gigantesco da sombra á toda la caravana.—Jardin delicioso que baja hasta las olas del mar. Una inmensa caravana de camellos sesteá al rededor nuestro en el mismo campo.

Pasamos la noche bajo la tienda:—relinchos de los caballos, gritos de los camellos, humo de las hogueras, resplandor trasparente de la lámpara al trasluz de la listada lona del pabellon.—Pensamientos de la vida tranquila, del hogar, de la familia, de los amigos ausentes que se agolpan en la imaginacion, miétras reclino mi pesada y abrasada frente en la silla de montar que me sirve de almohada.—Por la mañana, miétras las mukres y los esclavos ensillan los caballos, dos ó tres árabes arrancan las estacas de la tienda: sacuden la estaca que sirve de columna; cae, y las anchas y tendidas lonas, que cubrian a toda una familia de viageros, resbalan y caen tambien al suelo formando un lío de lienzo que un camellero coge debajo del brazo y suspende del albardon de su macho; no queda en el sitio vacío donde estaba uno establecido un momento ántes, como en una morada permanente, mas que una hoguera abandonada que humea todavía y pronto y se apaga al sol; verdadera, solemne y viva imágen de la vida, empleada muchas veces en la Biblia, y que me ha hecho grande impresion siempre que se ha ofrecido á mi vista.

Salimos de Kantara ántes de amanecer.—Subimos algunos cerros áridos y pedregosos que se internan formando promontorios en el mar: luego, desde lo alto del último y del mas elevado de aquellos cerros se me aparece Tiro, al cabo de su vasta y estéril colina.—Entre el mar y las últimas alturas del Líbano que van aquí declinando rápidamente, se tiende una llanura de sobre ocho leguas de longitud sobre una ó dos de anchura; la llanura, de color amarilla, está pelada, cubierta de arbustos espinosos, que pacen al paso los camellos de las caravanas. Esta llanura lanza dentro del mar una península avanzada, separada del continente por una calzada cubierta de una arena dorada, traída por los vientos de Egipto. Tiro, hoy llamada Sour por los árabes, se halla en la estremidad mas aguda de este promontorio, y parece que sale del seno de las olas;—de léjos, todavía se la tomara por una ciudad hermosa, nueva, blanca y viva, mirándose en el mar;—pero no es mas que una bella sombra que se desvanece cuando uno se acerca.—Algunos centenares de casas ruinosas y casi desiertas, donde los árabes reunen por la noche los grandes rebaños de carneros y de cabras negras, notables por sus largas orejas pendientes, que desfilan delante de nosotros en el llano: he aquí la Tiro de hoy! Ya no tiene puerto sobre el mar, ni caminos sobre la tier-

ra:—hace mucho tiempo, que las profecías se han cumplido para ella.

Caminábamos en silencio, ocupados en contemplar aquel luto y aquel polvo de un imperio que íbamos pisando.—Seguíamos un sendero en medio de la campiña de Tiro, entre la ciudad y las grises y peladas colinas con que remata el Líbano a la vera de esta llanura. Llegábamos a la altura misma de la ciudad, y tocábamos un monton de arena que parece hoy ser su único antemural entre tanto que la sepulte. Iba yo pensando en las profecías, y buscaba en mi memoria algunas de las elocuentes amenazas que el espíritu divino inspiró á Ezequiel, y no hallaba en palabras, pero sí en la miserable realidad que tenía a la vista. Algunos versos míos escritos al salir de Francia para visitar el Oriente, se agolpaban solo a mi memoria.

No he oido resonar bajo los cedros
La voz de las naciones; sobre Tiro
No he visto desprenderse en raudo giro,
De Dios á la suprema intimacion,
Las proféticas águilas del Líbano!
Donde Palmira fué no he reclinado
Mi sien; bajo mi pié no ha resonado
El imperio vacio de Memnon.

Tenia delante de mí el negro Líbano; pero la imaginacion me ha engañado, me decia yo a mí

mismo; no veo ni las águilas, ni los buitres que debían, para que se cumpliesen las profecías, bajar sin cesar de las montañas para devorar siempre ese cadáver de ciudad maldita de Dios y enemiga de su pueblo. En el momento en que estaba haciendo esta reflexión, un bulto negro, singular, inmóvil, apareció a nuestra izquierda, en la cima de un peñon perpendicular que avanza por aquel sitio en la llanura hasta sobre el camino de las caravanas.

Mirado con atención, aquel bulto parecía un conjunto de cinco estatuas negras de piedra, colocadas sobre el peñon como sobre un pedestal; pero en vista de algunos movimientos casi insensibles de aquellas figuras colosales, creímos, al acercarnos, que eran cinco árabes beduinos, vestidos con sus sacos de pelo de cabra negra, que nos miraban pasar desde aquella altura: en fin, cuando no estuvimos mas que a unos cincuenta pasos del peñon, vimos a una de aquellas figuras abrir dos anchas alas y sacudirlas, contra sus costados con un ruido semejante al de una vela que se despliega al viento, y reconocimos cinco águilas de las mas grandes que he visto nunca en los Alpes ó en nuestras casas de fieras.

No echaron á volar, no se conmovieron al acercarnos; posadas, como reinas de aquel desierto, en las orillas del peñon, miraban a Tiro como una ra-

lea que les pertenecía y a la que iban a volver: parecía que la poseían por derecho divino,—instrumentos de una órden que ejecutaban, de una venganza profética que tenían mision de cumplir sobre los hombres y a pesar de los hombres. No podia yo cansarme de contemplar aquella profecía, en accion, aquel maravilloso cumplimiento de las amenazas divinas de que nos hacia ser testigos la casualidad. Nunca cosa alguna mas sobrenatural habia herido mis ojos y mi mente, y me era preciso un esfuerzo de mi razon para no ver, detras de las cinco gigantescas águilas, la grande y terrible figura del poeta de las venganzas, de Ezequiel, alzándose por cima de ellas y señalándoles con los ojos y con el dedo la ciudad que Dios les daba para pasto, mientras que el viento de la cólera divina agitaba su blanca barba y brillaba el fuego de la cólera celeste en sus ojos de profeta. Parámonos a cuarenta pasos; las águilas no hicieron mas que volver desdeñosamente la cabeza para mirarnos tambien; en fin, dos de los nuestros se destacaron de la caravana y corrieron a galope, con las escopetas en la mano, hasta el mismo pié de la peña: todavía no huyeron.—Algunos tiros disparados con bala les hicieron tender su pesado vuelo; pero volvieron al fuego y se cernieron largo rato sobre nuestras cabezas, sin que las alcanzasen las balas, como si nos dijeran: “Nada podeis, porque somos las águilas de Dios.”

Entonces reconoí que la imaginación poética me había revelado las águilas de Tiro, ménos verdaderas, ménos bellas y ménos sobrenaturales todavía de lo que eran en realidad, y que hay en las *mens diviniar* de los poetas, aun los más oscuros, algo de aquel instinto adivinador y profético que dice la verdad sin saberla.

Llegamos á medio día, despues de una caminata de siete horas, en medio de la llanura de Tiro, á un sitio llamado los Pozos de Salomon.—Todos los viajeros los han descrito:—son tres depósitos de agua límpida y corriente que sale, como por encantamiento, de un terreno bajo, seco y árido á dos millas de Tiro; todos aquellos depósitos, elevados artificialmente á cosa de unos veinte piés sobre el nivel del llano, están llenos hasta los bordes y rebosan sin cesar: la corriente de las aguas mueve ruedas de molinos:—las aguas van á Tiro por acueductos medio antiguos, medio modernos, de bellissimo efecto en el horizonte.—Es fama que Salomon hizo construir estos tres pozos para recompensar á Tiro y á su rey Hiram, por los servicios que había recibido de su marina y de sus artífices para la construcción del templo.

Hiram había llevado los mármoles y los cedros del Líbano. Esos inmensos pozos tienen cada uno por lo ménos de sesenta á ochenta piés de circuito; no se conoce su profundidad, y uno de ellos no tiene fondo: nadie ha podido nunca saber por

qué misterioso conducto les llega el agua de las montañas: se hace muy creíble, examinándolos bien, que son unos vastos pozos artesianos, inventados mucho ántes de su reinvencción por los modernos.

Partida de los pozos de Salomon á las cinco;—caminata de dos horas por la llanura de Tiro;—llegada al pié de una alta montaña tajada sobre el mar y que forma el cabo ó Razel-Abiad; la luna se alzaba encima de la negra cumbre del Líbano, á nuestra izquierda, y no á bastante altura todavía para iluminar sus vertientes: su luz caía dejándonos en sombra, sobre inmensos peñones blancos donde se refractaba como una llama sobre mármol:—aquellos peñones, caídos hasta en medio de las olas, rompían su brillante espuma que casi saltaba hasta donde estábamos nosotros; el sordo y alternado rumor de la marejada estrellándose en el cabo resonaba solo, y sacudía á cada embate la estrecha cornisa por donde andábamos suspendidos sobre el precipicio; á lo lejos, el mar brillaba como una inmensa sábana de plata, y de trecho en trecho algun sombrío cabo se avanzaba en su seno ó alguna profunda caverna penetraba en las desgarradas faldas de la montaña; la llanura de Tiro se estendía á nuestras espaldas; todavía la distinguíamos confusamente por las franjas de arena amarilla y dorada que dibujaban sus contornos entre el mar y la tierra; la sombra de Tiro se veía en la es-

tremidad de un promontorio, y la casualidad sola, sin duda, habia encendido una claridad en sus ruinas, que de lejos hubiera podido tomarse por un faro;—pero era el faro de su soledad y de su desamparo, que no guiaba á ninguna nave, que no iluminaba mas que nuestros ojos y solo atraia una mirada de compasion sobre unas ruinas. Aquel camino sobre el precipicio, con todos los accidentes variados, sublimes, solemnes, de la noche, de la luna, del mar y de los abismos, duró todavía cosa de una hora,—una de las horas mas hondamente impresas en mi memoria que Dios me ha permitido contemplar en su tierra! Sublime puerta para entrar al dia siguiente en el suelo de los milagros! En esa tierra del testimonio, toda estampada aún con las huellas de la antiguo y del nuevo comercio ente Dios y el hombre!

Cuando bajamos de la cima de aquel cabo, tuvimos la misma perspectiva que nos habia pasmado al subir; precipicios igualmente profundos, tan sonoros, tan espumantes, tan sembrados de anchas quebraduras de la roca viva y blanca, se abrian bajo nuestros piés y bajo nuestras miradas; la marejada se estrellaba en las peñas con el mismo estruendo que nos acompañó en toda la longitud de la tempestussa costa de Siria, como la llaman las antiguas poesías hebráicas; la luna, mas elevada en el cielo, iluminaba mas aquella escena juntamente tumultuosa y solitaria, y la espaciosa llanura de To-

lemaida se abria delante de nosotros; eran las nueve de la noche, en el mes de Octubre; nuestros caballos, rendidos de una caminata de trece horas, apoyaban lentamente sus ferrados cascos en las puntiagudas y relucientes rocas que forman los únicos caminos en Siria, irregulares gradas de piedra, en que no se atreveria á aventurarse ninguna caballería en Europa; nosotros mismos, abrumados de cansancio y enagenados sobre todo por la grandeza del espectáculo y de los recuerdos que se habian agolpado á nuestra mente todo aquel dia, caminábamos silenciosamente á pié, llevando del freno nuestros caballos, y echando una mirada, ya sobre aquel mar que tendríamos que atravesar para volver á ver nuestros propios rios y nuestras propias montañas; ya sobre la cima negra, larga y sin ondulacion del monte Carmelo, que empezaba á destacarse en los últimos limites del horizonte.

Llegamos a una especie de kan, es decir, a una casa medio destruida, donde un pobre árabe cultivaba algunas higueras y calabazas silvestres entre las grietas de las peñas, junto a una fuente; el kan estaba ocupado por unos camelleros de Naplusa, que acarreaban trigo a Siria para el ejército de Ibrahim; la fuente estaba agotada por los calores del otoño, pero sin embargo plantamos nuestras tiendas en un terreno cubierto de guijas redondas y movedizas; atamos nuestros caballos a la estaca, y bebimos, con parsimonia, algunas gotas de agua